

AMIRA, OTRA VICTIMA DE UNA GUERRA OLVIDADA



Autor: Andres Garcia

Amira tenía siete años y el don de colecciónar tesoros donde otros solo veían escombros. En su Jartum amurallado por el estruendo, su refugio era el hueco bajo la escalera, un espacio estrecho que compartía con sus mayores tesoros: una muñeca de trapo con un ojo de botón, un lápiz azul sin punta y el recuerdo del olor a canela del mercado.

Antes, su mundo era el patio donde el sol jugaba al escondite con las hojas de la parra. Ahora, su mundo era el sonido. Aprendió a leer la sinfonía del miedo:

el gruñido lejano de los aviones era la señal para correr, el tableteo de los disparos la orden de agacharse, y el silencio... el silencio era el regalo más preciado y frágil.

Una mañana, el estruendo cayó más cerca. Un trueno de metal y polvo que sacudió los cimientos de su casa. Cuando el humo se aclaró, el techo de la habitación de sus padres era un cielo roto. No lloró. Con la seriedad de quien ha aprendido que el tiempo es un lujo, rescató de entre el yeso y los recuerdos rotos la fotografía de boda de sus padres.

El vidrio estaba agrietado, como su infancia.
—Hay que irnos, Amira —dijo su madre, con la voz cargada de una urgencia que la niña ya reconocía.

La maleta era pequeña. Cabía una muda de ropa, un trozo de pan duro y todos sus tesoros. Al cerrarla, Amira miró por última vez su patio.

La parra estaba carbonizada, un soldado de alambre retorcido contra el cielo plomizo.

La huida fue un viaje a través de un paisaje desgarrado. Calles que eran cicatrices, edificios con las entrañas al aire. Entre la multitud de piernas cansadas y miradas vacías, Amira se aferró a la

mano de su madre. En la frontera, el campamento era un mar de espera y desesperanza.

Las tiendas de lona se alzaban como hongos grises bajo un sol indiferente.

Pero incluso allí, en el corazón del desarraigo, Amira encontró un nuevo tesoro. Fue en el rincón más soleado del campamento, donde una anciana, con las manos mapas de arrugas, tejía cestas con cañas secas. Se sentó a su lado, en silencio, observando cómo el desorden se convertía en orden bajo sus dedos hábiles.

La anciana, sin mediar palabra, le tendió un puñado de cañas flexibles. Y Amira, que solo tenía un lápiz sin punta y una foto rota, empezó a tejer. No tejía cestas. Tejía un nuevo patio, con hilos de sol y recuerdos verdes. Tejía el arrullo de su padre, el olor a canela, la risa que se le había quedado guardada en el pecho.

Al caer la tarde, tenía entre sus manos una figura torpe, una especie de pájaro hecho de cañas y esperanza.

No era perfecto, pero era sólido.

Era real.

La anciana sonrió, y en sus ojos se reflejó un destello de la niña que alguna vez fue.

—Los pájaros —murmuró—, siempre encuentran el modo de volar, incluso si tienen que aprender a hacerlo desde el suelo.

Esa noche, acurrucada con su pájaro de cañas contra el pecho, Amira miró el cielo a través de la abertura de la lona. No había estrellas, solo la oscuridad profunda. Pero por primera vez en mucho tiempo, no sintió miedo.

Porque había descubierto que la guerra podía robarle su casa, su patio y su tranquilidad, pero no podía quitarle las manos. Y en sus pequeñas manos, cansadas pero firmes, residía el poder infinito de construir, de crear, de tejer sueños nuevos a partir de los escombros de los viejos. Mientras pudiera hacer eso, sabía que, como el pájaro que había creado, su espíritu nunca dejaría de volar.